

EL MARCO ALEMÁN COMO ARMA POLÍTICA

LA muralla levantada por el marco alemán federal a la inundación de dólares y la decisión de declarar provisionalmente flotante la moneda alemana, seguida por las rectificaciones monetarias en algunos países europeos, no ofrece solamente una compleja situación financiera cuyas implicaciones apenas comienzan a desarrollarse, sino que es, muy especialmente, una medida política. Alemania Federal tuvo, como se sabe, un brillante resurgimiento económico después de la guerra, al que se dio el cómodo nombre de milagro, que consistía esencialmente en una especie de mercenarismo colectivo: el país se ponía incondicionalmente al servicio de la guerra fría de los Estados Unidos frente a la URSS en Europa y perdía, en la práctica, todo independentismo político. Durante años, el gobierno seco e intransigente de Konrad Adenauer cumplía su misión de centinela en la frontera de Europa y recibía a cambio un trato privilegiado de aliado industrial y comercial. Esta fórmula que permitió superar las dificultades inmensas de la posguerra, cuando se había pensado simplemente en convertir a Alemania en un país dedicado a la agricultura y la ganadería, privado de industria —el Plan Morgenthau—, y los alemanes consiguieron todo lo contrario, produjo una importante contradicción: potencia económica de primera categoría, Alemania Federal no pasaba, generosamente, de una tercera categoría como potencia política, atenazada por su subordinación a Washington y por una cierta situación de inferioridad con respecto a otras naciones europeas. Esta contradicción comenzó a hacerse imposible cuando la guerra fría perdió virulencia y cuando el centro de atención militar de los Estados Unidos comenzó a desplazarse hacia Asia; cuando también se desplazó hacia Asia la atención de la Unión Soviética y consideró útil y lógico reducir la tensión en Europa. Como consecuencia de tal contradicción, comenzaron los años de agonía de la democracia cristiana —Erhard, Kiesinger— y la aparición de la socialdemocracia —Brandt—, con el giro conocido de la «apertura hacia el Este» y un peso creciente en las relaciones intereuropeas. Brandt comenzó a tomar medidas audaces. El repentino bloqueo del dólar es una medida adulta de independentismo político. Supone una negativa a seguir concediendo crédito a los Estados Unidos. El dólar, como consecuencia de la inflación imperial y de la economía de guerra, no representa el valor que dice representar. Alemania Federal, de pronto, decide no continuar aceptando la ficción. Tomo de Clyde H. Farnsworth, en el «Times» de Nueva York, una explicación simple del asunto. «Al aceptar —dice— la abundancia de dólares hasta hoy, los europeos habían estado ayudando a los Estados Unidos a financiar la guerra de Vietnam, y ayudando a las compañías americanas a comprar las industrias europeas. Además, estaban agravando sus ya graves problemas inflacionistas».

NATURALMENTE, deducir de esta medida que Alemania Federal ha conseguido el pleno independentismo económico es tan arriesgado como inexacto, entre otras razones porque ningún país del mundo es hoy plenamente independiente: las construcciones internacionalistas de la posguerra no han conseguido, naturalmente, el sueño utópico de un mundo unido que solamente ha actuado en el orden de la retórica de bloques y de grupos, pero sí han funcionado en forma de asegurar la interdependencia en mayor o menor grado. El desarrollo de la política de Brandt está frenado por esta interdependencia y por la existencia de una oposición interior muy fuerte, dispuesta a tomar el relevo en cuanto Brandt llegue demasiado lejos. Los tratados con la URSS, con Polonia, con Checoslovaquia, las negociaciones con la República Democrática Alemana, están pospuestos a una ratificación, y esa ratificación se condiciona a un «arreglo» de la situación de Berlín-Occidente que no se producirá mientras los Estados Unidos —y, secundariamente, Gran Bretaña y Francia— no lleguen a un acuerdo con la Unión Soviética. Simultáneamente, la propuesta «conferencia de seguridad europea» dependerá, a su vez, de la ratificación de los tratados con el Este y del caso de Berlín. La tendencia occidental es la de culpar a la intransigencia de la Unión Soviética y a la de la República Democrática Alemana de no ceder en algunos puntos que facilitarían la cuestión. Realmente, la URSS y la RDA se mantienen en algunos puntos fijos, y, muy concretamente, en el de que Berlín-Occidente no ha de ser parte integrante de la República Federal, sino una entidad propia y autónoma —idea que,

por otra parte, complace a gran número de berlineses—, pero su intransigencia es mucho menor de lo que se hace ver. La Unión Soviética desea, sobre todas las cosas, la Conferencia de seguridad, que sería un paso decisivo para la disolución de los dos bloques militares organizados —la OTAN y el Pacto de Varsovia— y la desaparición de las bases de los Estados Unidos en Alemania Federal y en otros lugares de Europa, y los países comunistas desean esa solución porque estiman que de esta forma también se retiraría de sus países la presión militar soviética y conseguirían una mayor independencia. Por ejemplo, en el supuesto de esa situación, Checoslovaquia no volvería a ser invadida por las tropas del Pacto de Varsovia y podría haber continuado su experimento de neosocialismo...

PARA Alemania Federal, una Europa desmilitarizada —hasta cierto punto, naturalmente— y con condiciones de seguridad y de paz supondría una gran aventura. En la línea de Willy Brandt están los que creen que, en esas condiciones, aun prescindiendo de sus aspiraciones a la reunificación y a la recuperación legal de Berlín, podría ejercer una auténtica hegemonía industrial y económica sobre toda Europa Occidental, y que su apertura hacia los mercados del Este europeo —en un momento en que los países comunistas parecen abrirse hacia el consumo— no podría tener concurrencia en ningún otro país de Europa; el «milagro» quedaría pálido ante la auténtica edad de oro que podría abrirse... Muchos países europeos —y los Estados Unidos— creen en esa posibilidad y tienden, naturalmente, a frenarla. No puede interesarlos. Tenderán, por lo tanto, a frenar el desarrollo de la situación. La presentación militar del tema en que se encuentran bases para oponerse es esta: suponiendo la disolución de los dos pactos y la desmilitarización del centro de Europa, más la retirada de las bases nucleares de los Estados Unidos en Europa, la Unión Soviética, puramente con su ejército convencional y dada su densidad militar, tendría una hegemonía militar centroeuropea. La rapidez y exactitud de sus movimientos militares de tierra durante la ocupación de Checoslovaquia fue elogiada por los técnicos militares de la OTAN en su momento con una obra maestra, y ese elogio tendía, más que a una pureza admirativa, a propagar la idea de que esta fuerza militar convencional soviética no podía tener otro rival en Europa que la propia OTAN y el armamento aéreo y nuclear de los Estados Unidos y, por lo tanto, que toda disolución sería suicida. Es lógico que la oposición democristiana —y, evidentemente, la neofascista— de Alemania Federal siga la línea contraria a la de Brandt, la de que los tratados y la apertura hacia el Este son un riesgo absoluto, y la renuncia a la reunificación y a las fronteras anteriores una «traición» (así se ha calificado, públicamente, en el propio Parlamento).

NATURALMENTE, en esta línea la oposición condena el bloqueo del dólar y la posterior decisión de dejar momentáneamente el marco flotante —es decir, que busque por sí mismo, digamos, su paridad real con el dólar— y las medidas posteriores adoptadas el lunes —mayor ahorro, restricción de créditos— en el sentido de que se trata de un disfraz para la reevaluación del marco, ya que no hay devaluación del dólar —aunque quizá sea esa la solución final, con toda la revolución mundial que eso supone—; alude la oposición a que esta mayor carestía del marco en los mercados internacionales va a suponer un freno para las exportaciones y puede suponer un colapso difícil.

QUIERE esto decir que el gobierno de Brandt está ahora en el momento de peligro más grave desde que tomó el poder, más aún que tras sus aperturas al Este y sus negociaciones con la RDA —aunque todo ello, como se ha visto, está en relación— y que la aventura puede terminar en crisis. En las últimas elecciones parciales —las más recientes, las de Schliewig-Holstein—, la socialdemocracia ha ido perdiendo puntos. Es la consecuencia de que la política de Brandt ha tenido un aspecto de abandonismo de posiciones tradicionalmente defendidas, pero no le han dejado que las desarrolle hasta el extremo de que se ven sus beneficios directos. Esto es, que a medida que aumenta el independentismo político de la RFA aumentan también los riesgos personales del gobierno que trata de conducirlo.



El ministro de Asuntos Exteriores de Alemania Occidental, Walter Scheel, y el canciller, Willy Brandt, durante la reunión del Gabinete para tratar de la actual cuestión monetaria internacional.

EL «FRACASO» DEL DOLAR

hecho nada por evitarla, puesto que fueron ellos quienes divulgaron las declaraciones confidenciales de Giscard d'Estaing y porque no se han preocupado de ocultar en ningún momento su postura a favor del «marco flotante». Además, el 22 de abril, durante la ceremonia inaugural de la Feria de Hannover, Schiller había descubierto ya sus cartas al declarar que Alemania no recuperaría su equilibrio económico amenazado por la inflación, sino mediante una política de «estabilidad en el interior y de flexibilidad en el exterior», es decir, a través del establecimiento de un cambio flotante para el marco.

LOS «CAPITALES ERRANTES».—Si los dirigentes alemanes han obrado así es porque, desde hace ya meses, Alemania soporta el peso del déficit de la balanza de pagos americana, y este peso es cada vez más insostenible. En 1970, la balanza de pagos de los Estados Unidos registró un déficit de diez mil millones de dólares. Ese mismo año, por un juego de vasos comunicantes, las reservas del Bundesbank de Bonn aumentaron en siete mil quinientos millones de dólares, superando así la cota de los quince mil millones de dólares. Esta superabundancia de divisas, si bien ha convertido a Alemania en la primera potencia económica del mundo, por delante de los Estados Unidos, desde el punto de vista de las reservas de cambio ha tenido como contrapartida gravísimas consecuencias inflacionistas: aumento superior a un 20 por 100 de la circulación monetaria interior y, como resultado, alza acelerada de los precios, maratón de salarios y tensión social.

Para poner remedio al excedente inflacionista de la balanza de pagos alemana habría que reducir el déficit de la balanza americana. Ahora bien, el Presidente Nixon no piensa hacerlo. A sólo unos meses de distancia de las elecciones presidenciales, Nixon no tiene más que una preocupación: reactivar los negocios dentro del país. Para ello practica una política inflacionista: déficit de diez mil millones de dólares en 1971, abundancia de crédito, crecimiento acelerado de la circulación monetaria, reactivación de Wall Street, etcétera. Como, por otra parte, la carga económica que supone la guerra del Vietnam sigue siendo muy grave, el déficit de la balanza de pagos americana no ha dejado de crecer desde principios de 1971. Consecuencia de

esta inflación: la depreciación del dólar. Para protegerse contra esta depreciación, los financieros americanos e internacionales convierten sistemáticamente sus dólares en otras divisas y, sobre todo, en marcos.

Los movimientos especulativos son tanto más irresistibles cuanto que existen aproximadamente sesenta mil millones de dólares en «capitales errantes», especialmente bajo la forma de «eurodólares». Esta enorme masa monetaria está continuamente al acecho de inversiones más fructíferas. A la mínima alerta, los «eurodólares» se dirigen allí donde es posible una especulación, lo cual entraña un desequilibrio brutal del sistema monetario internacional.

EL PAPEL MONEDA.—El jueves 6 de mayo, a la vista de esta crisis cuya gravedad supera todas las previsiones, el ministro de Hacienda de Bonn decide consultar a sus colegas del Mercado Común. Estos se niegan a responder inmediatamente a su petición de socorro, subrayando así el descontento que les produjo la actitud de Schiller al día siguiente de la reunión de Hamburgo. Aunque no lo digan abiertamente, para ellos Schiller es el responsable de la crisis.

Sin embargo, ese mismo jueves, 6 de mayo, tienen lugar en Alemania los primeros conciliábulos entre responsables. Los dirigentes de los principales Bancos occidentales se reúnen con ocasión de las exequias del ex gobernador del Bundesbank, Karl Blessing. Las entrevistas prosiguen en Basilea, durante el fin de semana, con ocasión de la reunión del club de los Diez, bajo la égida del Banco de Pagos Internacionales. Al mismo tiempo, el Gobierno alemán delibera bajo la presidencia del canciller Brandt. Y, a instancias de los Países Bajos, se reúne por fin en Bruselas el Consejo de Ministros de Economía de los Seis.

En el curso de las diferentes reuniones se van perfilando cuatro soluciones: 1.ª **Revaluación del precio mundial del oro.** Esta solución tendría como consecuencia una devaluación general de todas las monedas con respecto al oro, cuyo precio actual de 35 dólares la onza no ha sido modificado desde 1934. La revaluación del precio mundial del oro es preconizada por numerosos expertos y en particular por Jacques Rueff, que pronostica las peores catástrofes, caso de no adoptarse esta medida. Francia, Suiza, la Unión Soviética y la Unión Sudafricana

La crisis financiera que actualmente está sufriendo el mundo no tiene precedentes. Su gravedad es aún mayor que la de las crisis de 1968 y 1969, que provocaron la devaluación del franco y la revaluación del marco. Nunca antes se habían negado a aceptar dólares los Bancos centrales europeos, en oposición a las reglas fundamentales dictadas por el Fondo Monetario Internacional. En cuestión de días, el dólar, hasta ahora moneda internacional número uno, ha caído de su pedestal.

El 5 de mayo, en Frankfurt, la Bundesbank tuvo que admitir en sus cajas fuertes 1.400 millones de dólares procedentes de la especulación internacional que, por desconfiar de la divisa americana, convertían a ésta en marcos.

El miércoles 6 de mayo, cuarenta minutos después de la apertura del mercado alemán de cambios, se habían cambiado ya 1.000 millones de dólares contra la correspondiente cantidad de marcos. En ese mismo instante ingresaban en el Banco nacional suizo de Berna 600 millones de dólares, y 240 millones en el de los Países Bajos. La situación era muy parecida en todas las capitales europeas.

Ante este desorbitado flujo de dólares estadounidenses, los gobernadores de todos los Bancos centrales europeos, con excepción de los del Banco de Francia y del Banco de Inglaterra, suspendían toda transacción en el mercado de cambios. Había estallado la crisis. Pero, a diferencia de las anteriores, esta crisis no era accidental ni imprevisible, sino que había sido provocada por la torpeza y las indiscreciones —voluntarias o involuntarias— del Gobierno germano.

El 20 de abril, en Hamburgo, en el curso de una reunión del Consejo de Ministros de Finanzas del Mercado Común presidida por Karl Schiller, ministro de Economía de Bonn, se discutieron las graves perturbaciones que afectan al sistema monetario internacional. Schiller expuso las dificultades del Bundesbank de Bonn, sumergido por la valancha de dólares, consecuencia de la especulación motivada por los rumores de una nueva revaluación del marco. Interrogado sobre los posibles remedios, el francés Valéry Giscard d'Estaing se declara oponente al sistema de cambios fluctuantes preconizado por Schiller. Giscard d'Estaing aboga por una revaluación del precio mundial del oro, que equivaldría a una devaluación del dólar. Estas declaraciones del ministro francés en la reunión del Consejo de Ministros son pronto del dominio público: la prensa mundial las reproduce en grandes titulares.

Giscard se enoja de que se haya dado publicidad a sus manifestaciones, que él consideraba confidenciales, y se siente obligado a dar un mentís oficial. Pero el mal ya está hecho. Los especuladores entran en acción. Tratan de deshacerse de sus dólares comprando marcos y oro. Los días 26, 27 y 28 de abril llegan al Bundesbank tres mil millones de dólares. Después se produce una tregua.

El lunes 3 de mayo, los cinco principales institutos económicos alemanes publican su informe anual, en el que se declaran favorables al «marco flotante». Esto provoca un gran revuelo en el mundo financiero alemán e internacional: en 1969, estos mismos institutos se pronunciaron a favor de una revaluación del marco, medida que el Gobierno de Bonn llevó a efecto algunas semanas más tarde.

En efecto, todo hace pensar que si el Gobierno Brandt y el ministro de Hacienda Schiller no han provocado deliberadamente la crisis, tampoco han

na son igualmente partidarios de esta solución. (Esto se explica fácilmente en lo que se refiere a estos dos últimos países, ya que son los mayores productores de oro del mundo.)

La revaluación del oro restablecería un cierto equilibrio en el sistema monetario internacional. Acabaría con el abuso del papel-moneda para la financiación del déficit de las balanzas de pago, especialidad norteamericana.

Sin embargo, es imposible por el momento reevaluar el oro: los Estados Unidos ponen su veto a esta medida, que ha sido rechazada oficialmente por el secretario norteamericano del Tesoro, Connally. A sólo unos meses de las elecciones presidenciales, Nixon no quiere tocar el dólar, que el americano medio considera como sacrosanto.

CRISIS DE CONFIANZA.—2.ª **Marco flotante.** El establecimiento de un marco flotante lo lleva preconizando desde el principio Schiller. Este sistema fue aplicado ya en Alemania tras la victoria electoral de Willy Brandt, el 28 de septiembre de 1969. Un mes más tarde, el marco era revaluado en un 8,5 por 100.

El sistema de cambios flotantes, en Alemania y otros países europeos, es bien visto por algunos expertos norteamericanos, ya que, según ellos, permitiría evitar provisionalmente una devaluación del dólar. Este sistema va, no obstante, contra todas las reglas del Fondo Monetario Internacional y del Mercado Común. Y los Seis adoptaron incluso el acuerdo recientemente de reducir los márgenes de fluctuación de sus monedas respectivas a partir del 15 de junio (postura diametralmente opuesta).

El sistema del marco flotante provocaría una grave crisis de confianza en el seno del Mercado Común. Igualmente provocaría un gran trastorno dentro del mercado agrícola de los países del MEC, ya que en éste se establecen los baremos de precios sobre la base de paridades monetarias fijas.

3.ª **Revaluación del marco.** Esta es la hipótesis de trabajo del canciller Brandt y de su Gabinete, con la sola excepción del ministro Schiller. Sin embargo, el patronato alemán no está conforme, pues estima que cada revaluación deteriora su posición competitiva en los mercados internacionales y mejora la de sus rivales extranjeros en el mercado interior alemán.

PRESIONES SOBRE BRANDT.—4.ª **Control de cambios.** El presidente del Bundesbank, Karl Klagen, tiene su propia tesis. Se pronuncia por el mantenimiento de la paridad del marco. Esta paridad sería defendida mediante un severo control de cambios que cerraría el mercado financiero alemán a los dólares especuladores. Este punto de vista es compartido por la Comisión del Mercado Común de Bruselas y por Giscard d'Estaing, que sabe que es imposible devaluar el oro. Es esta última la única solución capaz de mantener cierta cohesión en el seno del Mercado Común, donde se ha criticado vivamente la actitud alemana.

En Bonn, en Bruselas y en Basilea se han examinado las diferentes soluciones en medio de una atmósfera tensa y enfebrecida. Sobre el canciller Brandt han actuado mil presiones contradictorias. Brandt se juega su futuro político y diplomático.

Y mientras que en Europa políticos y financieros se esforzaban en restablecer como fuera el equilibrio comprometido del sistema monetario internacional, en Washington, donde se originó en realidad la crisis, se contentaban con buenas palabras y algún que otro gesto conciliador. ■ **JACQUES MORNAND.**